

también dentro de esta defición, el extendimiento de la comunicación llevada a cabo por la radio, siempre y cuando esta comunicación radiofónica sea accesible al público y no una mera comunicación telefónica que sirva a individuos particulares (p. 2-3).

És a dir, cap definició de la comunicació de massa que faci referència a les mediacions tècniques, com seria més habitual en una bona literatura especialitzada sobre aquest tema.

*La realidad de los medios de masas* està dividit en setze capítols, alguns dels quals ocupen una extensió bastant variable (així, el capítol més llarg és el 5, titulat «Noticias y reportajes», de vint-i-tres planes; i el més curt, el 6, titulat «Ricúpero», relatiu a un cas particular; és a dir, la dimissió del ministre de Finances del Brasil, el setembre del 1994, Ricúpero, amb un total de tres planes). *La realidad de los medios de masas* fa referència a qüestions que formen part del marc teòric general de l'autor i a qüestions més particulars, que concerneixen l'exemple concret dels mitjans de comunicació de massa, que Luhmann defineix com un sistema:

Esto lo llevaremos a cabo mediante la consideración de que los *mass media* son un sistema que atiende a una función de la sociedad moderna y que, como todos los otros sistemas que se encargan de una función en la sociedad, debe su alta capacidad de rendimiento al proceso de diferenciación, a la clausura operativa y a la autonomía autopoiética del sistema.

Luhmann sempre considera els mitjans de comunicació de massa com un sistema de la societat, com altres àmbits de l'activitat social (així, la política o l'economia), però enlloc analitza a fons aquest concepte important. També defineix la societat com un sistema social. L'autor no parla mai de persones, homes i dones. Per contra, parla sempre d'individus i, a tot estirar, parla de sistemes psíquics. Mereix una atenció especial, quan l'autor identifica, tipificats, i els desenvolupa, deu selectors, en el camp de les notícies i els reportatges.

En suma, *La realidad de los medios de masas* és una obra interessant per als estudiosos de Niklas Luhmann, però no tant per a aquells que esperen trobar una altra cosa en aquesta aproximació del sociòleg alemany al món dels mitjans de comunicació de massa. No és un llibre recomanable per a la docència de llicenciatura, ni per als estudiants de primer i segon cicle, però sí per als de tercer cicle, o bé per a seminaris especialitzats que es dediquin a estudiar l'obra de Niklas Luhmann. Finalment, es tracta d'un llibre important, traduït a l'espanyol d'una manera correcta. *La realidad de los medios de masas* conté molts conceptes que formen part del marc teòric de Luhmann. Per tant, ens ha semblat poc procedent analitzar tots aquests conceptes centrals de la tasca d'aquest autor. De fet, per dur a terme una feina així, caldria realitzar un treball molt diferent.

Lluís Badia

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Periodisme  
i de Ciències de la Comunicació

BOURDIEU, Pierre

*La dominación masculina*

Barcelona: Anagrama, 2000, 160 p.

Pierre Bourdieu ha vuelto a provocar una fuerte polémica, y encontrados debates con las feministas francesas, con su últi-

ma obra, *La dominación masculina*. En ella analiza los mecanismos que posibilitan la pervivencia de lo que él denomina

«el inconsciente androcéntrico», para lo cual retoma el trabajo etnográfico que había llevado a cabo en *Le Sens pratique* sobre la sociedad bereber de la Cabília, al noroeste de Argelia. Para Bourdieu, la Cabília es un universo social lo suficientemente lejano, pero a la vez familiar, como para posibilitar la objetivación de las categorías de ese inconsciente androcéntrico. Bourdieu considera que el análisis etnográfico de una sociedad como la cabileña «actúa como una especie de detector de las huellas microscópicas y de los fragmentos dispersos de la visión androcéntrica del mundo y, a partir de ahí, como el instrumento de una arqueología histórica del inconsciente que, originariamente construido sin duda en un estadio muy antiguo y muy arcaico de nuestras sociedades, habita en cada uno de nosotros, hombres o mujeres».

El sociólogo francés encuentra en la Cabília una especie de reserva del inconsciente común de las culturas mediterráneas, por lo que, a partir de las estructuras simbólicas de esta sociedad, va desentrañando los mecanismos que operan de forma más sutil en las sociedades occidentales. A pesar de lo frágil, incluso precaria, que esta extrapolación pueda parecer, Bourdieu la justifica porque está convencido de que «la tradición cultural que allí se ha mantenido constituye una realización paradigmática de la tradición mediterránea». Diversos estudios comparativos demuestran, según el autor, que toda el área cultural europea participa de una misma tradición, que se ha mantenido especialmente inalterada en las montañas de la Cabília. Estas estructuras cognitivas y sociales, que se han visto protegidas por la coherencia práctica de unos comportamientos y unos discursos que han pervivido a lo largo del tiempo, gracias a la estereotipificación que impone el ritual, constituyen un ejemplo paradigmático, según Bourdieu, de la cosmología androcéntrica común a todas las sociedades mediterráneas.

La sociedad cabileña está organizada a partir de un sistema de oposiciones homólogas de acuerdo con el binomio masculino-femenino (arriba-abajo, duro-blando, fuera (público)-dentro (privado), recto-curvo...) que marca la división de las cosas y de las actividades. De este modo, los esquemas de pensamiento registran, como diferencias naturales, características distintivas que en realidad han sido construidas socialmente. Así, la división entre los sexos se percibe como lo normal, lo natural, algo que está «en el orden de las cosas»; se presenta en los objetos, en los cuerpos, en el mundo social.

La oposición entre los sexos se inscribe en ese conjunto de oposiciones mítico-rituales, entre las que se incluye la pareja *logos-mythos*. Bourdieu sostiene que «a través de la división sexual de las legítimas utilizaciones del cuerpo se establece el vínculo (señalado por el psicoanálisis) entre el falo y el *logos*: los usos públicos y activos de la parte superior masculina del cuerpo —enfrentarse, afrontar [...] tomar la palabra públicamente— son monopolio de los hombres; la mujer que, en la Cabília, se mantiene alejada de los lugares públicos, debe renunciar a la utilización pública de su mirada y de su voz». De este modo, si vinculamos *logos* a lo masculino, parecería que el *mythos* pertenece al ámbito de lo femenino. Del mismo modo, el autor asocia al hombre (de la Cabília, pero por extensión también a los demás) con el cosmos y el orden, y a la mujer, con el caos y el desorden. Sin embargo, creemos que ni *mythos* ni *logos*, ya se consideren emoción y razón o imagen y palabra, ni cosmos ni caos pueden concebirse como exclusivos de hombres o de mujeres, sino como aspectos que conforman al ser humano.

Además, esa organización del mundo tan marcadamente bipolar presentada por Bourdieu, con un universo masculino de características muy concretas en el que todos los hombres son iguales y un uni-

verso femenino también con rasgos muy específicos compartidos por todas las mujeres, puede corresponderse a la sociedad de la Cabilia, pero no creemos que pueda ser extrapolado de forma tan directa y aporriada a las sociedades occidentales, ni siquiera a las sociedades mediterráneas. De hecho, estas dualidades forman parte de esa visión dicotómica del mundo característica de la modernidad, con la que muchos no nos sentimos cómodos, ya que en todas esas oposiciones necesariamente se producen fugas; la visión dicotómica nos parece reduccionista, puesto que elimina los matices que inevitablemente existen entre un polo y su contrario, y problemática, porque construye el mundo a partir de oposiciones contundentes y agresivas, en lugar de complementariedades e interrelaciones.

Es cierto que la sumisión de las mujeres, la percepción de su propio cuerpo y de su sexo como algo deficiente y feo o el confinamiento simbólico en determinados espacios se sigue dando bajo máscaras distintas en nuestras sociedades. Sin embargo, hombres y mujeres ya no vivimos en universos paralelos, y los valores masculinos y femeninos han ido cambiando. Por tanto, creemos que habría que matizar a la hora de trasladar conclusiones.

Bourdieu sí consigue convencernos cuando utiliza la Cabilia como laboratorio para explicar los orígenes y el funcionamiento de la superioridad del hombre sobre la mujer, lo que el autor denomina «violencia simbólica».

La violencia simbólica se fundamenta en «la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas; se basa en una división sexual del trabajo de producción y reproducción biológico y social», así como en los esquemas mentales que funcionan como matrices de los pensamientos y las acciones de todos los miembros de la sociedad. Es decir, estos esquemas mentales son universalmente compartidos y se imponen a

los individuos como trascendentes. La violencia simbólica está inscrita en la *doxa*, en el orden natural del mundo, por lo que es una violencia amortiguada, silenciosa e invisible, tanto para quienes la ejercen como para quienes la sufren. Como la *doxa*, no se cuestiona, sino que se perpetúa, y la perpetúan tanto dominadores como dominados: «cuando los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas que son el producto de la dominación, o, en otras palabras, cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión».

Este planteamiento que parece tan novedoso y rompedor, casi revolucionario, no lo es tanto. Ya fue considerado por el antropólogo Edwin Ardener a mediados de la década de 1970. Ardener fue uno de los primeros antropólogos en reconocer el papel fundamental del androcentrismo en el desarrollo de modelos explicativos en el ámbito de la antropología social. Según este autor, los colectivos socialmente dominantes producen y controlan las formas de expresión imperantes. Los grupos silenciados están obligados a utilizar los modos de expresión y las ideologías dominantes para expresarse, con lo que su voz queda amortiguada por estas estructuras de dominio.

Con esta manera de plantear la cuestión, parecería que no hay escapatoria a esa forma tan sutil y malévola de violencia. Hombres y mujeres nos movemos en una espiral de violencia llamada que aplasta tanto a las mujeres como a los hombres, aunque sea de formas distintas. Nos parece importante que Bourdieu sitúe la violencia simbólica que explica la dominación masculina en el nivel de la *doxa*, de lo dado por supuesto, de lo no cuestionable, de lo que no vemos porque con ello vemos. No obstante, consideramos ya un cierto avance el hecho de tomar

conciencia de que todos y cada uno de nosotros, de que tú y usted y vosotras y ellos vamos aceptando y reproduciendo inconscientemente la visión androcéntrica con que hemos aprendido y aprehendido el mundo. Si este libro consigue algo es eso, hacernos reflexionar en torno a nuestra aportación particular a la perpetuación de la visión androcéntrica del mundo.

El propio Bourdieu ofrece la posibilidad de cambio, bastaría con transformar radicalmente «las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores y sobre ellos mismos un punto de vista idéntico al de los dominadores». Simplemente tendríamos que cambiar los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción de los dominados, así como de los dominadores. Como se puede ver, es una salida de la que ni el propio Bourdieu está plenamente convencido; es una salida meramente teórica.

Es importante señalar también que este trabajo de construcción de la dominación masculina, de la división y diferenciación de los sexos es un «trabajo histórico de deshistorización». En otras palabras, esa violencia simbólica que damos por supuesta y consideramos inmutable y ahistórica es, por el contrario, fruto de un trabajo histórico que ha reproducido la visión androcéntrica época tras época. Este trabajo histórico de creación y fijación de permanencias presenta a la mujer como objeto simbólico, como ser percibido, en permanente exposición a la mirada y el discurso de los otros. Además, la dominación masculina coloca a la mujer «en un estado permanente de inseguridad corporal o, mejor dicho, de dependencia simbólica [...]. Consecuentemente, la relación de dependencia respecto a los demás (y no únicamente respecto a los hombres) tiende a convertirse en constitutiva de su ser». Cuando menos, nos gustaría pensar que esta interpretación es bastante discutible y que en nuestras socie-

dades existen muchas mujeres totalmente ajenas a la noción de dependencia y hombres que imaginan y aceptan mujeres independientes.

Bourdieu inscribe a ese ser percibido en una economía de los bienes simbólicos que contribuye a la perpetuación de las diferencias y en la que el matrimonio es una pieza clave, ya que es el medio de transmisión del patrimonio. En esta economía, las mujeres «aportan una contribución decisiva a la producción y reproducción del capital simbólico de la familia»; mientras que los hombres también son víctimas de su propia dominación: «el privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad».

Pierre Bourdieu sostiene que los agentes principales de ese trabajo histórico al que hacíamos referencia unas líneas más arriba son la Iglesia, el Estado, la escuela y la familia, instituciones que reproducen y perpetúan la visión androcéntrica del mundo, la violencia simbólica, que han contribuido a aislar de la historia las relaciones de dominación masculina. El autor profundiza en las estrategias que cada institución despliega para contribuir a la reproducción de la dominación y la visión masculinas.

Bourdieu considera las transformaciones que se han producido en la familia o en el sistema educativo respecto a la formación de las mujeres. Sin embargo, para este autor, a pesar de que estos cambios contribuyen a resquebrajar la *doxa*, se trata sólo de cambios visibles en cuanto a las condiciones, que ocultan una serie de permanencias en las posiciones relativas: los estudios científico-técnicos siguen siendo mayoritariamente masculinos, la feminización de una profesión supone una pérdida de valor de la misma, precariedad laboral de las mujeres, etc.

El autor cierra su libro con un post scriptum sobre el amor. Es hermoso y reconfortante encontrar un espacio en el que la dominación es anulada, un espacio de constantes milagros: no-violencia, plena reciprocidad, desinterés, felicidad de dar felicidad... Bourdieu afirma que «el sujeto amoroso no puede conseguir el reconocimiento amoroso de otro sujeto, sino que abdica, como él mismo, de la intención de dominar. Entrega libremente su libertad a un dueño que le entrega también la suya propia».

Sin embargo, Bourdieu no ve en el amor el camino por el que llegue la desaparición de la dominación masculina y la cultura androcéntrica. En sus conclusiones, el sociólogo francés insiste en que los dominados, tal como la dominación los ha ido conformando, pueden contribuir a su propia dominación y sólo contempla la posibilidad de cambio, que siempre sería a largo plazo, mediante «una acción política que tome realmente en consideración todos los efectos de dominación que se ejercen a través de la complicidad objetiva entre las estructuras asimiladas (tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres) y las estructuras de las grandes instituciones en las que se realiza y se reproduce no sólo el orden masculino, sino también todo el orden social». Creemos que esboza una posibilidad de cambio tan vasta que ni él mismo cree que pueda materializarse.

Además, tanto en el planteamiento de posibles vías de transformación como a lo largo de toda la obra (en el análisis de

todos los elementos que entran en juego a la hora de reproducir la visión androcéntrica del mundo, en las estrategias que emplea cada uno de estos elementos y los efectos que desencadenan), echamos en falta la presencia de los medios de comunicación. Parece que este autor no considera a los medios de comunicación como una de esas «grandes instituciones» sociales a las que hace referencia y, no obstante, nuestras sociedades no se pueden entender sin los medios de comunicación. A nuestro juicio, un análisis como el que presenta Bourdieu queda cojo, al no considerar en ningún momento el papel que juegan los medios con relación a la dominación masculina, en la reproducción de la violencia simbólica.

La fama de Bourdieu como autor que gusta de una redacción intrincada, enrevesada y a veces tortuosa se confirma en esta obra. Esta complejidad viene agravada por una traducción deficiente en más de una ocasión; una oración, por muchas subordinadas que el autor pueda ir enlazando, no puede quedar incompleta. Es una pequeña crueldad que deja al lector suspendido en el vacío, en espera de una iluminación, hasta que la visión fatídica del punto le hace caer bruscamente de las alturas, aturdido, sin comprender cómo llegó a darse semejante batacazo. Un desafío más en la lectura del controvertido Pierre Bourdieu.

*M<sup>a</sup> José Cantón Gómez*

Universitat Autònoma de Barcelona

Departament de Periodisme

i de Ciències de la Comunicació

LUCAS MARÍN, Antonio

*La nueva sociedad de la información. Una perspectiva desde Silicon Valley*

Madrid: Trotta, 2000, 173 p.

Cada vegada que trobo un llibre que intenta explicar els canvis socials d'aquest traspàs de mil·lenni, m'aboco a fer-ne una

lectura apassionada a la recerca de reflexions o dades de primera mà. Però a Espanya la producció científica al voltant